

Los Libros

GRAN SEÑOR Y RAJADIABLOS, de *Eduardo Barrios*

«Sobre el cuerpo desnudo de la realidad, el manto diáfano de la fantasía».

Eça de Queiroz.

Entramos a la obra «en puntillas» y con gran respeto; es decir, con prejuicio.

Después de todo, ésta es una edición de lujo, ha salido a la calle con repique de campanas, su dueño es un gran señor de la literatura y sus otros libros se han reeditado muchas veces, incluso en tierras y lenguas lejanas.

Barrios tiene fama, y bien ganada, de escritor psicólogo. El sabe, mejor que ninguno de los de acá, hundir la mirada penetrante en las aguas turbias de las almas ajenas, y, desde dentro, ver claro sus ondulantes transformaciones. En esta aventura, profunda y sin espumas, él ha puesto sus propias naves. Y nunca ha naufragado.

En sus principales novelas anteriores desarrolló dramas intensos para los cuales estudió, ya las consecuencias que ejerce la adversidad social sobre un temperamento abúlico, ya el des-

carrío sentimental de un niño precoz, o ya las dudas atormentadas y místicas de un franciscano.

¿Y ahora? Ninguna de estas situaciones, tan propensas en sí mismas al patetismo emocional—ni agresividad del medio ni dislocación subjetiva—está presente en «Gran Señor y Rajadiablos». Aquí Valverde, el personaje central y absorbente de la novela, posee una salud vigorosa y, además, es hijo de ricos.

Pero un buen novelista, aunque disponga del mínimo de materiales «propiamente novelescos», saldrá siempre airoso. Y Proust es el mejor ejemplo. Con anterioridad a él, Tolstoy usó las guerras, Dickens las aventuras trasatlánticas, y Balzac los descabros financieros. En cambio Proust, el padre de la novelística moderna, no requiere nada de eso. Se limita a narrar la monotonía de la vida doméstica. ¡Y con cuánta carencia absoluta de monotonía la narra y conjuga sus infinitos matices!

Y es que el arte, o el sentido artístico, estriba en gran parte en el estilo. Quien pues posee estilo, estará al otro lado. Y a propósito, ¿no nos consta que un mismo chiste tiene efectos desiguales según quién lo cuente?

«Gran Señor y Rajadiablos» carece de un asunto articulado, pues son cuatro evocaciones separadas por intervalos trascendentes: en el desarrollo de las vicisitudes el autor ha evitado «la acción directa» que es la más convincente; y los personajes en su mayoría, son esquemáticos.

¿Dónde reside entonces el interés que evidentemente tiene esta obra? En el aspecto histórico. ¿Y su belleza? En el estilo.

Esta novela—cuya tesis permanecía inédita—registra la colisión entre dos épocas, el feudalismo y la democracia, o la pugna entre «la ciudad y las sierras». Valverde, señor feudal, extrovertido y voluntarioso, alimentado a todo pasto, del tierno y del otro... verbigracia la otoñal Lucrecia, es en suma, «nada menos que todo un hombre», como habría dicho don Miguel de Unamuno. Entre sus virtudes cuéntase la de ser un creador de riquezas agrícolas; y entre sus defectos, todos los inherentes a

un carácter más respetuoso de los instintos que de las ideas. Valverde es un fiel trasunto de los nobles de su tiempo—Chile a mediados del siglo diecinueve—que vive defendiendo y ensanchando sus heredades. Esta conducta que mirada desde su punto de vista es legítima y honrosa, adquiere a veces caracteres épicos. Pero ningún hombre, por macizo que sea, es capaz de detener el curso progresivo de la historia. Y Valverde, al fin, pierde la partida. Es el muro que se quiebra para dar paso a «las nuevas corrientes». Sus últimas palabras, dirigidas a su primogénito, revelan todo el positivismo de su vida: «Vuelve a plantar los viñedos en el potrero Infiel». Sí, plantar, sembrar. A su modo pues él era un forjador directo de bienes que redundaban en sí propio y en los demás. Pertenece a ese raro linaje de hombres que nacieron para ocupar siempre la cabecera.

Con el estudio exhaustivo de la naturaleza voltaria de Valverde, individuo ubicado «más allá del bien y del mal», la novela psicológica chilena da un largo paso hacia adelante. En efecto, en una etapa primeriza, los autores han creado y movido personajes de una pieza, bondadosos de principio a fin, o literalmente malvados. Y ello implica un error justificable sólo en las fábulas. Porque en la vida real las personas son tornadizas, polifacéticas y se desplazan en direcciones imprevistas. El más grande mérito de Dostoiewsky es justamente el haber captado al hombre con todas sus contradicciones, con el debido flujo y reflujo que va de la conciencia a la subconsciencia, de lo individual a lo colectivo y viceversa.

El estilo de «Gran Señor y Rajadiablos» es acusadamente plástico, rico en términos, elegante en los giros, justo en la línea y oportuno en el color. No se divisan los borradores.

La novela, en su conjunto, deja la impresión de un gigantesco y multicolor friso, donde se yergue Valverde—genio y figura—rodeado de otros entes secundarios, tales como la dócil Chepita, el enérgico párroco José María, Marisabel con sus celos anacrónicos, Joaco el malicioso, el cornudo Sofanor, la empeci-

nada Carmela y Antuco, ese hijo transhumante que le sigue las aguas.

Eduardo Barrios, el experto analista de almas urbanas, para no repetirse y para ampliar sus predios artísticos, se fué al campo, allá vivió y observó durante varios lustros, para regresar ahora con esta novela de quinientas páginas que prueban que el criollismo rural puede ser un género superior y leíble en otras latitudes. Por lo demás, ya lo había dicho un ruso: «Pinta bien tu aldea y habrás pintado bien al mundo».

Por su parte el doctor Clarés en «Psicogénesis del Arte» puntualizaba: «Todo artista verdadero, en cuanto termina de realizar una obra la considera inútil; y, preso de una «eterna insatisfacción», empieza otra nueva». Es el caso preciso de Barrios, quien después de cruzar la sesentena y de haber recibido muchos laureles, continúa en la brecha. ¡Hermoso ejemplo!

Con «Gran Señor y Rajadiablos», su autor ha remachado su postura de clásico militante de las letras sudamericanas; y por eso, porque ya nadie de buena fe osaría discutirlo, creemos que es merecedor de cualquier galardón otorgado fuera de nuestras fronteras.—EDMUNDO CONCHA.



«GUAUGUAU Y SUS AMIGOS», de *Luis Durand*

No es frecuente en nuestra literatura tratar temas destinados a concitar el interés de los niños. No es tampoco acostumbrado que lo haga bajo su firma, un nombre ya definitivamente consagrado.

Sabe el escritor que está expresamente envuelto por un muro de incomprensión, incultura, falta de sensibilidad o necio orgullo, que a priori ha emitido su juicio sobre lo «trascendente» o «intrascendente». Lo calificado unilateralmente de «trascendente» es revestido con un halo de grave respetabilidad y es